

LENGUAJES, VALORES Y APERTURA AL OTRO EN CHARLES TAYLOR

Yolimar Mendoza Méndez
ymm4@hotmail.com

RESUMEN

El propósito de este escrito es presentar una panorámica general de la filosofía del lenguaje tayloriana a fin de constatar las profundas imbricaciones que posee en el conjunto de su obra. Para ello, expondremos las principales características que, según Taylor, posee el lenguaje, prestando especial atención a su carácter constitutivo. Éste será el puente que nos permitirá establecer la relación entre la significación, los valores y la apertura al otro en el pensamiento de Charles Taylor.

ABSTRACT

«Languages, values and openness to others in Charles Taylor» The aim of this paper is to present a general overview of taylorian philosophy of language, in order to show the deep implications that it has in the whole of his work. We will expose the main features that language has for Taylor, paying special attention to its constitutive character. This is the bridge that permits us to establish the relationship between meaning, values and openness to others in Charles Taylor' thought

1. INTRODUCCIÓN

Charles Taylor nace en Montreal (Canadá) en 1931. Aunque se forma en la línea de la filosofía analítica, lo cierto es que pronto se abre a otras corrientes tales como la fenomenología, la hermenéutica o la teoría crítica. A pesar de haber publicado numerosos artículos y varias obras completas durante la década de los 60 y principios de los 70, el reconocimiento en el ámbito académico filosófico le llega de la mano de *Hegel*, obra publicada en 1975, confirmándose en 1989 con *Sources of the self*.

En los últimos años sus escritos se han centrado en cuestiones éticas y políticas, lo cual no debe llevarnos a pensar que su producción queda limitada a estos ámbitos. Por el contrario, estamos ante un autor sumamente versátil que ha trabajado no sólo sobre ética y política sino también en torno a teoría de la acción, filosofía de la mente, ontología o teoría del lenguaje. Sin embargo, a este último

ámbito de su pensamiento se le ha prestado una atención más bien escasa que, a nuestro parecer, contrasta con la centralidad que el lenguaje posee en el conjunto de su obra.

Defensor de una teoría lingüística en la estela de la corriente pragmática (en ocasiones su planteamiento recuerda muchísimo a las tesis fundamentales del *How to do things with words* austriaco así como a las ideas básicas del segundo Wittgenstein) y con claros tintes hermenéuticos, lo cierto es que sólo en dos artículos («Language and human nature» y «Theories of meaning») aborda el tema en profundidad, si bien es verdad que el lenguaje está presente en la inmensa mayoría de las problemáticas que plantea: desde la identidad hasta el reconocimiento, pasando por el valor o la relación con el otro. Todos estos fenómenos tienen al lenguaje, a la significación, como eje central.

El objetivo principal de este escrito será mostrar que nuestras valoraciones morales son posibles en tanto que cuentan con un trasfondo lingüístico —concreto— en el cual formularlas, siendo dicho trasfondo relativo a cada cultura. No hay algo así como un lenguaje esencial del que los lenguajes particulares fuesen meras copias. Hablar de lenguaje es siempre hablar de un lenguaje concreto, atravesado y determinado por una tradición particular. Así, aunque nos refiramos constantemente al «lenguaje», lo cierto es que, siendo fieles al planteamiento tayloriano, sería más correcto hablar de «los lenguajes».

Ahora bien, si es relativo a cada cultura y tradición y, a su vez, determina las valoraciones morales, podríamos deducir que a lenguajes y culturas diferentes, valoraciones y significados también diferentes. Ante este panorama, cabría preguntarse cómo nos entenderíamos, cómo decidiríamos entre dos horizontes de significación y de valoración divergentes, cómo, en definitiva, nos abriríamos al otro. Constataremos que dicha apertura tiene al lenguaje como condición de posibilidad.

Para llegar a este punto pasaremos por tres etapas. En la primera expondremos las principales características que Taylor, desde una visión expresivista, otorga al lenguaje oponiéndose a los defensores de la teoría designativa. En un segundo momento mostraremos la importante función que cumple en el conjunto de la vida del hombre, el papel decisivo que desempeña respecto a la constitución de la objetividad, de la intersubjetividad pero, sobre todo, del valor. Finalmente, constataremos que el lenguaje es el medio que nos permite abrirnos al otro, entenderlo, aunque esta relación sea, desde nuestro punto de vista, un tanto asimétrica llevando a un privilegio injustificado nuestra propia tradición.

2. TEORÍAS DESIGNATIVAS VS. TEORÍAS EXPRESIVISTAS

2.1. DOS DIMENSIONES DEL SIGNIFICADO

La preocupación por el lenguaje, así como el papel central que desempeña en el pensamiento tayloriano, no es exclusivo de este autor sino que ha sido la tónica general de la mayoría de las disciplinas a lo largo del siglo xx. Así, desde el positivismo lógico hasta la hermenéutica, pasando por el estructuralismo, el de-



construccionismo, el formalismo, el psicoanálisis o la teoría del arte han venido a considerarlo como centro de su interés.

Ésta es precisamente la constatación de la que parte Charles Taylor a la hora de desarrollar su filosofía del lenguaje. Para él esta preocupación por el lenguaje no es más que un modo por el que conectar con el problema de la significación, una forma de intentar responder qué es lo que hace que el habla posea significado.

La intención de Taylor en «Language and human nature»¹ es responder a esta cuestión tomando como punto de partida dos premisas que considera irrenunciables, a saber: 1. el hombre es sobre todo y ante todo un animal de lenguaje, y 2. el lenguaje ha de ser visto como algo confuso e incluso enigmático.

Partiendo de estas premisas, *¿qué es, entonces, lo que hace que el habla tenga significado?* Para Taylor, de forma analítica, podemos distinguir dos dimensiones en una afirmación significativa: una dimensión designativa y una dimensión expresiva. Tomemos el ejemplo que el mismo autor plantea: «El libro está sobre la mesa»². Es evidente que se puede establecer una relación inmediata entre este enunciado y cierto estado de cosas de la realidad, de tal manera que se instaure una correlación entre el signo y lo designado. Ésta sería la dimensión designativa: erigimos una relación directa entre el enunciado y el hecho de que verdaderamente haya una mesa, haya un libro y que éste se encuentre sobre la primera.

Supongamos, ahora, que se nos ha perdido un libro sumamente importante que debemos entregar a su dueño. En tal caso, la preferencia de este enunciado posee una significación que va más allá de la simple correlación entre palabra y objeto. Por medio de él se expresa cierto sentimiento de alivio por parte del emisor, alivio que no quedaría patente en la simple dimensión designativa. Vemos que la dimensión expresiva nos permite, como su mismo nombre indica, *expresar* pensamientos, percepciones, creencias, sentimientos que se nos escaparían en la simple correlación entre palabra y cosa.

Taylor no plantea que las citadas dimensiones sean opuestas. Todo lo contrario. Para él simplemente responden a cuestiones distintas. Pero lo cierto es que la continua disputa que podemos observar en la historia del pensamiento acerca de qué dimensión es más fundamental parece echar por tierra su idea. La prioridad concedida a una u otra dimensión ha dado lugar a dos teorías del lenguaje que se presentan como antagónicas y cuya continua lucha ha desembocado en nuestra actual concepción del lenguaje. Se trata de las teorías designativas y expresivistas. Comencemos analizando de forma sintética la primera.

¹ Charles TAYLOR: *Philosophical Papers I. Human Agency and language*, pp. 215-248. Cambridge University Press, 1986.

² *Ibíd.*, p. 218.

2.2. TEORÍAS DESIGNATIVAS

La teoría designativa es denominada por Taylor teoría HLC en referencia a las iniciales de sus principales defensores: Hobbes, Locke y Condillac. Para esta teoría el lenguaje aparece como algo poco confuso, poco misterioso³. Todos los misterios de la significación parecen esfumarse en tanto que queda reducida a una simple conexión entre el signo y la cosa designada. El lenguaje es visto como una mera herramienta al servicio del hombre por medio del cual éste último conoce, controla y domina el mundo. A su vez, el hombre posee pleno señorío sobre el lenguaje, controlándolo de modo totalmente consciente y abarcándolo completamente.

Se trata de un lenguaje permanente puesto que el significado que corresponde a una palabra es el que *debe* corresponderle (no puede ser de otra manera). En este sentido, y debido a ello, estamos ante un lenguaje pretendidamente neutral y objetivo a la par que atómico (el significado de una palabra tiene su correlato en un solo hecho determinado del mundo), ofreciendo la promesa según Taylor, de una teoría del lenguaje que pueda adaptarse a los cánones de la ciencia natural moderna. Además, se caracteriza por poseer una visión del lenguaje monológica: el sujeto no necesita de la participación y relación con los otros para establecer lo que signifique una palabra determinada. Parece ser el propio orden del mundo el que nos proporciona la respuesta —la relación de significación es más natural que cultural—. A propósito de esta visión Taylor nos dice que: «Las palabras adquieren su significado al ser usadas para designar objetos y lo que designan es su significado»⁴. Desde esta perspectiva se presentan como posibles los lenguajes individuales, solipsistas que serán, entre otros, uno de los puntos de choque con la teoría expresivista.

2.3. TEORÍAS EXPRESIVISTAS

La teoría expresivista —llamada de la triple H en referencia a Herder, Humboldt y Hamman— se presenta en sus supuestos como diametralmente opuesta a la teoría designativa HLC, comenzando por el hecho de que el lenguaje no se ve como claro y transparente, tal y como pretendían los defensores de la teoría designativa. Por el contrario, se nos presenta como misterioso, confuso, enigmático, en definitiva, como problemático.

Desde esta visión, la significación sólo se puede captar en relación con el medio en el que se manifiesta, por lo que el método de aislar términos y establecer correlaciones, tan socorrido por los designativistas, carece de sentido desde el punto de vista de la teoría expresivista. Para ella, la expresión es un poder del sujeto por la

³ Janie PÉLABAY: *Charles Taylor, penseur de la pluralité*, p. 33, Les Presses de l'Université Laval, 2001.

⁴ Charles TAYLOR: «La importancia de Herder», en *Argumentos filosóficos*, p. 116, Barcelona, Paidós, 1997.



que se manifiestan cosas tales como pensamientos, sentimientos, emociones, etc., que se refieren a dicho sujeto y que sólo pueden ser manifestadas mediante la expresión. El significado no puede ser explicado independientemente de ésta⁵. Así, Taylor ve en esta idea un escollo prácticamente insalvable para que su teoría del significado pueda adaptarse a los cánones de la ciencia moderna que exigen objetividad y neutralidad entre otras cosas.

Para Taylor, uno de los escritos fundacionales de esta tradición —que podríamos decir que suscribe plenamente— es el *Ensayo sobre el origen del lenguaje* de Herder. En uno de sus pasajes Herder expone, desde un punto de vista crítico, la explicación que del origen del lenguaje nos proporciona uno de los máximos representantes del movimiento designativo: Condillac en su *Ensayo sobre el origen del conocimiento humano*. Éste cuenta la historia de dos niños que se encuentran en el desierto antes de que conozcan el uso de ningún signo, a pesar de lo cual llegan a comunicarse entre sí mediante la invención de un lenguaje. Condillac argumenta que, por ejemplo, viendo a los otros llorar de dolor llegarían a la conclusión de que el llanto es el signo de algo (del dolor) y podrían usarlo para referirse a ello. «Aprenden a poner en conexión los pensamientos y las voces de la sensación, las cuales constituyen los signos naturales de esta última»⁶. De esta forma los niños adquirirían su primera palabra a la que se irían uniendo, poco a poco, muchas otras. Así pues, parece que para Condillac la formación del lenguaje no es más que un proceso por el que se van acumulando palabras.

Ahora bien, para Herder, tal y como recoge Taylor, esta teoría es errónea en tanto que presupone lo que pretende explicar —la capacidad de atribuir palabras a las cosas —la relación de significación es presupuesta de manera *a priori* y no problemática⁷—. Condillac procede como si el lenguaje fuese instintivo para el hombre y éste no hiciese más que desarrollar mediante la reflexión lo que ya es una capacidad interna, innata. Según Taylor, «el problema radica en que Condillac, desde un principio, dota a sus niños con la capacidad de entender lo que significa que una palabra esté en el lugar de algo, lo que significa, por tanto, hablar de algo con una palabra. Pero esto es lo misterioso [...] ¿cuál es esta capacidad que nosotros, a diferencia de los animales, tenemos y que permite dotar a los sonidos de significado, entenderlos referidos a cosas y utilizarlos para hablar acerca de ellas?»⁸. La respuesta de Herder es que el lenguaje trae consigo una suerte de *conciencia reflexiva* para el hombre, que no poseen los animales. El hombre posee, mediante la expresión lingüística, la capacidad de captar la significación de las cosas, mientras que el animal no puede más que

⁵ El significado es inseparable no sólo del sujeto sino también del contexto en el que se emite, por lo que vemos aquí un atisbo de la herencia wittgensteniana que ya apuntábamos al principio de este escrito: las palabras adquieren significado según el uso que se les dé en un juego del lenguaje determinado.

⁶ CONDILLAC: *Essai sur l'origine des connaissances humaines*, vol. 1, citado en HERDER: «Ensayo sobre el origen del lenguaje», en *Obra selecta*, p. 143.

⁷ Janie PELABAY: *op. cit.*, p. 38.

⁸ Charles TAYLOR: «La importancia de Herder», en *Argumentos filosóficos*, p. 117.



responder de forma adecuada o inadecuada a un signo. Tomemos el mismo ejemplo que plantea Taylor en «Language and human nature». Tener la palabra triángulo en mi léxico significa que puedo reconocer las cosas que sean triángulos. Ahora bien, podríamos entrenar a una rata para que se dirigiese hacia una puerta con un triángulo en lugar de hacerlo hacia una puerta con un círculo, por lo que, en cierto sentido, la rata reconocería el triángulo. Pero existe una diferencia crucial con el usuario del lenguaje: éste no sólo reconoce el triángulo en el sentido de que reacciona ante él. También es capaz de reconocer que la palabra triángulo es *la correcta* para referirnos a un objeto determinado. Tanto para Herder, como para Taylor, hablar una lengua es sostener implícitamente que las palabras empleadas son las que convienen. El mismo Taylor nos dice que: «Una criatura opera en la dimensión lingüística cuando puede usar y responder a signos en términos de su verdad o corrección descriptiva»⁹. El lenguaje humano, de esta forma, implica la conciencia reflexiva de la significación de una palabra. Esta reflexión se actualiza únicamente en y por el lenguaje: hablar es dar expresión a cierta conciencia reflexiva. Por tanto, dicha conciencia no puede preceder al lenguaje tal como pretendía Condillac sino que sólo existe en su expresión.

Para Taylor, desde el punto de vista de la teoría expresivista, el lenguaje ya no aparece como un mero conjunto de palabras sino como la capacidad de expresar/realizar la conciencia reflexiva implícita al usar palabras para decir algo, como una actividad en la que, por medio de la expresión, se realiza la reflexión. «Aprender a usar una palabra presupone como trasfondo esta capacidad general. Tener esta capacidad es poseer un lenguaje, por lo que parece que necesitamos la totalidad del lenguaje como trasfondo para la introducción de alguna de sus partes, esto es, las palabras individuales»¹⁰.

De esta forma constatamos una característica innegable del lenguaje que era rechazada por el atomismo de la visión designativa: su *holismo*. Taylor nos dice que: «Una palabra sólo tiene significado dentro de un léxico y de un contexto de usos del lenguaje que, en último término, están incrustadas en un modo de vida»¹¹. Así pues, se afirma que en cada acto lingüístico suponemos el todo del lenguaje como trasfondo. Para reconocer que una palabra significa una cosa determinada se hace necesario contrastarla con las otras palabras que constituyen la totalidad del lenguaje, tener algún sentimiento de que es la palabra correcta¹². Tomando de nuevo el ejemplo de Taylor, cabría decir que cuando yo afirmo «Esto es un triángulo» reconozco esta figura como un triángulo mientras que la rata sólo aprende a pasar a través de la puerta que lo tiene dibujado. Ahora bien, si soy capaz de reconocer un triángulo es porque también soy capaz de reconocer otras cosas que no lo son.

⁹ *Ibíd.*, p. 112.

¹⁰ «Learning to use any single word presuppose this general capacity as background. But to have the general capacity is to possess a language. So that it seems that we need the whole of language as the background for the introduction of any of its parts, that is, individual words» (Charles TAYLOR: «Language and human nature», en *Philosophical Papers 1*, p. 230).

¹¹ Charles TAYLOR: «La importancia de Herder», en *Argumentos filosóficos*, p. 133.

¹² *Ibíd.*, p. 133.



Parece, entonces, evidente que la noción de triángulo tiene sentido para mí si poseo otros términos de figuras con los cuales contrastarlo —por ejemplo, la noción de círculo—. De hecho, «una palabra sólo tiene el significado que tiene en mi léxico por aquello con lo que contrasta»¹³. Para Taylor, las palabras individuales sólo pueden ser palabras dentro del contexto de un lenguaje articulado. Parece que el lenguaje no es algo que se pueda construir palabra a palabra. El planteamiento de Condillac queda desbancado.

De todo lo anterior se desprende que el lenguaje no es un conjunto aislado de instrumentos que podamos controlar y abarcar plenamente. Por el contrario, tiene la naturaleza de una *red*, de tal forma que se hace presente en su totalidad en cada una de sus partes. Nuestro lenguaje es siempre más de lo que podemos abarcar; es, en cierto sentido, inagotable e incontrolable en tanto que el individuo no puede dominar la trama de su conjunto. Se le presenta como algo dado, como una herencia de su comunidad¹⁴.

A pesar de ello, —en tanto que el lenguaje es una actividad que se crea y recrea en el habla— es el individuo quien continuamente le da forma, quien acuña nuevos términos, quien desplaza los viejos, en definitiva, quien provoca el cambio o la evolución de éste. Para la teoría expresiva el lenguaje no es permanente ya que está sometido a un proceso de continua transformación. Nunca lo dominamos completamente pero tampoco estamos totalmente dominados por él, en tanto que continuamente lo reformamos. Mas, «reformarlo sin dominarlo, o ser capaces de controlarlo significa que nunca sabemos totalmente qué estamos haciéndole [...]. Nuestro desarrollo del lenguaje se basa en algo que es en gran medida *preconsciente o inconsciente*»¹⁵. En este sentido afirma Taylor que, en relación con el lenguaje, somos creadores y creados.

A diferencia de la visión designativa, en la que el lenguaje se ve principalmente como un medio por el que describir el mundo, en la perspectiva expresiva posee, además, una *función creativa*: «Si el lenguaje sirve para expresar/realizar un nuevo tipo de consciencia entonces ello no sólo hace posible una nueva consciencia de las cosas, una habilidad para describirlas sino también un nuevo modo de sentir, de responder a las cosas. Si expresando nuestros pensamientos acerca de las cosas podemos llegar a tener nuevos pensamientos, entonces, expresando nuestros sentimientos podremos llegar a tener sentimientos también diferentes»¹⁶.

¹³ Charles TAYLOR: «Language and human nature», en *Philosophical Papers 1*, p. 230.

¹⁴ En este punto resulta fácil atisbar no sólo la adscripción comunitarista de Taylor sino también su conexión con la hermenéutica gadameriana, más en concreto con su concepto de tradición como algo insalvable, de lo que no podemos escapar.

¹⁵ «Reshaping it without dominating it, or being able to oversee it, means that we never fully know what we are doing to it; we develop language without knowing fully what we are making it into (...) Our development of language repose on much that is preconscious and unconscious» (ibidem, p. 232).

¹⁶ «If language serves to express/realize a new kind of awareness; then it may not only make possible a new awareness of things, an ability to describe them; but also new ways of feeling, of

El lenguaje nos permite experimentar sentimientos (tales como la indignación o la admiración) que no serían accesibles para seres no lingüísticos. Al ser capaces de expresar nuestros sentimientos les damos una dimensión reflexiva que los transfigura. Transformamos nuestras emociones en emociones humanas no hablando acerca de ellas (o por lo menos no principalmente) sino expresándolas por cualesquiera otros medios. A este respecto Taylor afirma que: «A menudo expresamos nuestros sentimientos al hablar de otras cosas: damos salida a la indignación al condenar acciones injustas, y nos hacemos eco de nuestra admiración al alabar los rasgos destacables de alguien»¹⁷.

En este sentido, se podría decir que el lenguaje sirve para expresar/realizar sentimientos sin hablar acerca de ellos, por lo que debe ser entendido en un sentido amplio que abarque no sólo las palabras. También la poesía, los gestos, la música, el amor, el arte, la danza, etc., en tanto que modos de expresión¹⁸. Todo ello nos permite comprender qué quiere decir Taylor cuando afirma que *el lenguaje realiza la humanidad del hombre*: mediante él se hacen posibles sentimientos que no son accesibles para seres no lingüísticos. Tal como plantea Janie Pèlabay, el lenguaje lleva a cabo una función antropológica de suma importancia: es el medio indispensable sin el cual nuestras capacidades específicamente humanas no existirían¹⁹.

En esta primera etapa nos hemos limitado a exponer las características que posee el lenguaje en el planteamiento tayloriano, a la luz del debate mantenido con los defensores de las teorías designativas. Constamos, además, que el fenómeno del lenguaje deviene más profundo y complejo cuando pasamos de una teoría designativa a una teoría expresiva. Pero nada hemos dicho aún de los problemas que le dan nombre a este escrito: valores y apertura al otro. Será la función constitutiva del lenguaje la que nos descubra el camino.

3. PAPEL CONSTITUTIVO DEL LENGUAJE²⁰

En «Theories of meaning»²¹, apoyándose, como lo ha hecho hasta ahora, en los desarrollos de lo que él denomina la teoría de la triple H, procede Taylor a exponer tres aspectos fundamentales del lenguaje que nos revelan su carácter constitutivo.

responding to things. If in expressing our thoughts about things, we can come to have new thoughts, then in expressing our feelings, we can come to have transformed feelings» (ibidem, p. 233).

¹⁷ Charles TAYLOR. «La importancia de Herder», en *Argumentos filosóficos*, p. 139.

¹⁸ Charles TAYLOR. *La ética de la autenticidad*, p. 68, Barcelona, Paidós, 1994.

¹⁹ Janie PÈLABAY: *op. cit.*, p. 43.

²⁰ Las funciones expresivas y constitutivas del lenguaje parecen no estar claramente delimitadas en Taylor, llegando en ocasiones a hablar de teorías expresivo-constitutivas. Ahora bien, en sus *Philosophical Papers* dedica un capítulo a cada una de estas funciones por separado, por lo que me ha parecido oportuno dedicar un apartado a cada una de ellas sin perder de vista que para Taylor son, en cierto sentido, complementarias.

²¹ Charles TAYLOR: «Theories of meaning», en *Philosophical Papers 1. Human Agency and Language*, pp. 248-292.



El primer aspecto es que mediante el lenguaje formulamos las cosas. Mediante el lenguaje hacemos explícito, traemos a la conciencia lo que anteriormente sólo tenía un sentido implícito. Pero Taylor va más allá aún. Nos plantea que sólo captamos las cosas cuando las formulamos. Es más, no sabemos lo que sentimos hasta que no lo formulamos, hasta que no lo articulamos de forma lingüística²². Mediante la formulación aclaramos, definimos y establecemos la cosa como tal, tomamos consciencia de ella de forma explícita. A esta formulación Taylor la denomina *articulación*. Supone la captación de algo complejo, compuesto de notas distintas, y es, además, una capacidad inherentemente humana, no accesible para seres no lingüísticos. Por ejemplo, Taylor plantea que podemos decir que un animal atiende a una característica determinada porque responde a ella. Incluso podemos afirmar que responde a la forma —triángulo— y no al color —le es indiferente que sea rojo o azul—. Pero el animal no puede hacer una distinción entre atender a una cosa o a la otra mientras que nosotros sí²³. Así pues, articular significa también ser capaces de diferenciar —atender a la forma y no al color—, de contrastar —noción de triángulo frente a noción de círculo o de cualquier otra figura—. Pero también de poner en relación cada una de las partes con el todo del lenguaje, con un horizonte de significación e, incluso, como veremos posteriormente, también de valoración.

Entonces, es el lenguaje el que nos permite poseer una visión del mundo articulada —visión que es siempre una interpretación—, tener una consciencia explícita de las cosas. Es el lenguaje el que constituye las cosas tal y como le son dadas al sujeto. *Constituye la objetividad del mundo*²⁴, nuestra consciencia de él.

El segundo aspecto relevante del lenguaje es que nos permite exponer nuestros sentimientos, pensamientos, emociones, etc., en el espacio público y, en este sentido, lo constituye. El lenguaje nos permite crear un espacio de entendimiento común desde el que inspeccionar el mundo, un espacio que en parte nos viene dado —espacio preexistente de expresión heredado de nuestra comunidad— y en parte contribuimos a formar mediante nuestros actos de habla, mediante la conversación. Para Taylor, el lenguaje tiene un carácter fundamentalmente dialógico: se modela y crece no en un monólogo con nosotros mismos sino en el diálogo con los otros, en la vida de la comunidad de habla. No existe algo así como mi lenguaje; siempre se trata de *nuestro* lenguaje.

Pero no es sólo la comunidad de habla la que da forma y crea el lenguaje sino que el lenguaje constituye y sostiene a la comunidad de habla. Gracias a él

²² A este respecto el mismo Taylor nos dice que: «When I still do not know how I feel, or how its looks, and so on, the objects concerned lack definite contours; I do not quite know what to focus on in focusing of them. Finding an adequate articulation for what I want to say about these matters brings them in focus. To find a description in this case is to identify a feature of the matter at hand and thereby to grasp its contour, to get a proper view of it» (ibídem, p. 257).

²³ Ibídem, p. 258.

²⁴ Objetividad relativa a cada lenguaje, a cada horizonte de valoración, a cada cultura, a cada tradición.

podemos establecer diferentes tipos de relaciones con los otros (íntima, formal, oficial, casual, informal, seria, etc.), constituimos nuestras relaciones humanas.

En este sentido, vemos que la conversación no es tanto un medio por el que transmitir información como una forma —precisamente— de establecer una relación. Siguiendo el ejemplo puesto por Taylor en «Theories of meaning», podemos decir que si —ante un día con una alta temperatura— yo te digo «Hace un calor sofocante», no te estoy diciendo nada que no supieses ya —es evidente que tú te has dado cuenta de que realmente hace calor—; lo que pretendo al hablar del tiempo contigo es que éste ya no sea un objeto para ti y un objeto para mí. Mi intención es convertirlo en un objeto para nosotros, en un objeto que consideramos conjuntamente²⁵. Lo que eran expresiones particulares de un individuo se abren, en este instante, a la comunicación con el otro. Ya no se trata de un *yo* y un *tu*. Ahora nos encontramos en el espacio del *nosotros*. En este sentido, *el lenguaje constituye la intersubjetividad*.

Es en este espacio del *nosotros*, en este espacio intersubjetivo, donde, de forma subsidiaria, *el lenguaje también constituye nuestra identidad*. Mediante el lenguaje expresamos nuestros sentimientos, pensamientos, emociones, etc., y los traemos al espacio público, expresándolos a los otros en la conversación. Y es precisamente en esta relación con los otros que tiene lugar el proceso de constitución de nuestra identidad: «Nos convertimos en agentes humanos plenos, capaces de definir una identidad por medio de nuestra adquisición de rico lenguaje de expresión humana [...] Pero a ello nos vemos inducidos en el intercambio con los otros. Nadie adquiere por sí mismo los lenguajes necesarios para la autodefinición. Se nos introduce en ellos por medio de los intercambios con los otros que tienen importancia para nosotros»²⁶. Así pues, el lenguaje no sólo constituye la intersubjetividad sino también la identidad.

Desde nuestro punto de vista, el tercer aspecto es, sin lugar a dudas, el más relevante. Taylor plantea que mediante el lenguaje podemos expresar un fenómeno fundamental: los valores morales, los intereses y sentimientos específicamente humanos. Un ejemplo de ello lo tenemos en la indignación (frente a la ira o el enfado): la ira se puede atribuir a algunos animales, al menos en cierto sentido, pero la indignación no. Por ejemplo, un perro puede sentir ira o puede enfadarse (en cierto modo) si no le das un trozo de pan. Pero no puede sentir indignación al comprobar que diariamente se desperdician toneladas de comida mientras que hay miles de personas que mueren de hambre. Para tener un pensamiento o sentimiento de este tipo es necesario poder hacer discriminaciones del tipo justo/injusto, acertado/erróneo, etc. Esto requiere que el agente posea ciertos estándares morales y que sea consciente de ellos ya que, para Taylor, no hay algo así como una moralidad inconsciente. Es precisamente la consciencia de estar aplicando ciertos patrones morales a

²⁵ «Language creates what one might call a public space, or a common vantage point from which we survey the world together» (ibidem, p. 259).

²⁶ Charles TAYLOR: *La ética de la autenticidad*, p. 68.

una situación dada la que nos diferencia de los animales. Para Taylor, sólo hay moralidad si hay consciencia de ella y ésta sólo se da en la articulación lingüística que tiene como trasfondo un horizonte inevitable de significación.

Constatamos que «el hombre es un animal de lenguaje no sólo porque pueda formular cosas y hacer representaciones, y por eso pensar acerca de cuestiones y calcular, cosa que los animales no pueden hacer; sino también porque los que consideramos intereses humanos esenciales comparados sólo en el lenguaje, y pueden ser sólo los intereses de un animal de lenguaje»²⁷. En definitiva, *es el lenguaje el que constituye los valores morales*.

Ahora bien, no todas nuestras valoraciones poseen el mismo status para Taylor. Podemos distinguir dos niveles de valor: por un lado, tendríamos la *valoración débil*, ligada a reacciones morales que podemos catalogar prácticamente como instintivas (por ejemplo, el gusto por las sustancias dulces o la aversión a las que provocan náuseas). Dichas valoraciones no necesitarían ser explicadas en el sentido de que, por ejemplo, «si a una persona le produce náuseas el sabor del vodka, no hay por qué pedirle que explique su reacción o tratar de convencerla de que su reacción es precipitada»²⁸. No ocurre lo mismo con el segundo nivel. Aquí las reacciones se explican haciendo referencia a algo que tenemos los seres humanos y que justifica que se produzcan esas reacciones, es decir, hacemos referencia a una determinada *ontología del ser humano*. En este caso sí es pertinente llevar a cabo una explicación —articulada lingüísticamente— de nuestra reacción; «en estas argumentaciones recurrimos a describir el objeto con criterios que son independientes de nuestras reacciones específicas; estamos ante un caso de lo que Taylor llama *valoraciones fuertes*, esto es, de distinciones entre lo correcto y lo incorrecto en términos de pautas que son independientes de nuestros deseos y preferencias concretos y que nos permiten ponderar su valor»²⁹. Esto lleva a Terry Hoy a afirmar que podemos hablar de una *ontología moral*³⁰, de un *realismo de los valores*³¹ en Taylor. Parece existir *realmente* un horizonte moral —dotado de una cierta concepción del bien— desde el cual llevar a cabo dichas evaluaciones fuertes.

Pero lo cierto es que en la vida humana existen muchos bienes que —ante una situación determinada— pueden entrar en conflicto. Para solucionarlo se hace necesari-

²⁷ «[...] man is a language animal, not just because he can formulate things and make representations, and thus think of matters and calculate, which animals cannot; but also because what we consider the essential human concerns are disclosed only in language, and can only be the concerns of a language animal» (ibídem, p. 263).

²⁸ Stephen MULHALL y Adam SWIFT: «Taylor: los orígenes del yo liberal», en *El individuo frente a la comunidad. El debate entre liberales y comunitaristas*, p. 149. Madrid, Temas de Hoy, 1996.

²⁹ Stephen MULHALL y Adam SWIFT: *op. cit.*, p. 149.

³⁰ Terry HOY. «The moral ontology of Charles Taylor: contra deconstructivism» en *Philosophy and social criticism*, vol. 16, núm. 3, 1991.

³¹ El realismo moral defendido por Taylor es un tanto *sui generis* en la medida en que no se puede decir que los valores sean meramente subjetivos pero tampoco que existan independientemente de los sujetos.



rio establecer una jerarquía que erija como bien superior a uno de ellos. Taylor llama *hiperbienes* a estos bienes de orden superior establecidos en el contexto de una determinada cultura y de una determinada época. Se trata de entidades históricas —no metafísicas— que de la misma forma que han tenido un comienzo pueden llevar a tener un fin y ser sustituido por otro hiperbién distinto. Este carácter móvil y cambiante —por decirlo de alguna forma— de los hiperbienes nos abre el camino a la relación con las otras culturas, al multiculturalismo. Entendemos los hiperbienes como resultado de unas ciertas condiciones y comprendemos que condiciones diferentes pueden tener como resultado hiperbienes también diferentes. Reconocemos, de esta forma, que nuestros valores no son los únicos posibles o aceptables.

Retomemos el tema del lenguaje y su función constitutiva del valor: las valoraciones débiles podrían ser llevadas a cabo, en cierto sentido, por animales prelingüísticos —aunque sin tener consciencia de ellas—, en la medida en que están basadas en reacciones casi instintivas. Pero las valoraciones fuertes implican una articulación lingüística que resulta accesible sólo para seres que posean un lenguaje, para seres capaces de ponderar distintos bienes e incluso de superponer la obligación moral a sus reacciones instintivas. Contar con una determinada ontología del ser humano así como con una ontología moral es la condición de posibilidad de este tipo de valoración.

4. LENGUAJE COMO HORIZONTE ONTOLÓGICO DEL SER HUMANO

Podemos extraer una serie de consecuencias del carácter constitutivo del lenguaje. Comencemos diciendo que nuestro acceso al mundo es posible gracias a él ya que no captamos verdaderamente una cosa hasta que no la articulamos lingüísticamente. En segundo lugar, es condición necesaria para entrar en contacto con los otros, para establecer una conversación y, de esta forma, crear un espacio público. Y, finalmente, resulta imprescindible para articular un horizonte valorativo desde el cual juzgarnos, juzgar el mundo y juzgar a los otros.

Todo ello nos permite constatar que nuestro modo de enfrentarnos al mundo está modelado por el lenguaje. El sujeto configura su identidad, su forma de ver el mundo, de relacionarse con los otros, sus valores e incluso sus emociones mediante un lenguaje, que no «el lenguaje», que ha recibido de su comunidad —aunque contribuye a formarlo y transformarlo con sus actos de habla—. Tal como nos plantea Encarna Llamas, «vivir como un ser humano, como agente corporal y moral, racional y capaz de autonomía tiene al lenguaje como condición de posibilidad. Fuera de un horizonte de sentido que es lingüístico no es posible vivir una vida humana»³².

Tras todo lo dicho, resulta evidente que para Taylor, al igual que para la hermenéutica gadameriana, estamos atrapados en las redes del lenguaje; representa

³² Encarna LLAMAS. Charles Taylor. *Una antropología de la identidad*. Pamplona, Eunsa.





un horizonte inevitable del ser humano, un horizonte cargado de significación que encontramos detrás de nuestras acciones, valoraciones, relaciones e incluso emociones. Así, por ejemplo, considerar la libertad como un hiperbien es una consecuencia del horizonte de significación —concreto— que ha venido articulando nuestra sociedad durante siglos. A su vez, la visión que tengamos de nosotros mismos está determinada también por este horizonte que los otros contribuyen a formar. De esta forma, nuestra autoimagen, nuestra identidad se convierte en un reflejo de la imagen que los otros tienen de mí. Así pues, parece claro que la identidad se configura social pero también lingüísticamente.

El planteamiento tayloriano va más allá aún. Mantiene que la interpretación que le demos al mundo está claramente mediatizada por la concepción que tengamos de nosotros mismos. Precisamente en función de esta concepción ciertas propiedades de los objetos resultan relevantes para algunos sujetos y no para otros. A estas propiedades Taylor las denomina *propiedades referentes al sujeto* en tanto que implican una referencia a las cosas que depende del sujeto que las experimenta. Para aclarar esto, en «Self-interpreting Animals»³³ afirma que, por ejemplo, el que algo sea vergonzoso se debe simplemente a que hay sujetos que lo experimentan como tal. «Nuestras percepciones de la realidad son diferentes en función de cómo nos entendemos a nosotros mismos: algo produce vergüenza en función de una cierta concepción de lo que es digno para el sujeto en esa situación»³⁴.

Así, nada tiene un único sentido o una única interpretación. No es sólo que contemos con un horizonte de significación —compartido por la comunidad— desde el cual interpretamos el mundo y a nosotros mismos, sino que esa autointerpretación —como hemos dicho, fuertemente relacionada con lo que los otros piensan de mí— influye en el sentido que le demos a determinados hechos de la realidad. El hombre aparece, pues, para Taylor como un *animal que se autointerpreta*.

5. COMUNICABILIDAD DE LOS SIGNIFICADOS

Visto todo lo anterior podemos comprender por qué se enmarca Taylor dentro del planteamiento comunitarista: es la comunidad la que nos proporciona un horizonte de significación, de inteligibilidad, un horizonte moral desde el cual interpretar, entender y valorar el mundo y a nosotros mismos. Este horizonte de significación, de inteligibilidad está ligado a la particularidad del lenguaje, de la cultura, de la comunidad. Se trata de un horizonte de sentido concreto que viene de la mano de una determinada tradición.

Ahora bien, si nos acercamos a la realidad, nos entendemos a nosotros mismos y a los otros según un lenguaje concreto; si valoramos, sentimos, pensamos

³³ Charles TAYLOR: *Philosophical Papers 1. Language and human nature*, pp. 45-77.

³⁴ Encarna LLAMAS: *op. cit.*



mediante ese lenguaje, cabría suponer que otra comunidad, otra cultura que posea un lenguaje diferente y, por ende, otro horizonte de significación interpretará el mundo, valorará, sentirá y pensará de manera también diferente. Podríamos entonces preguntarnos si, desde esta perspectiva, puede tener lugar el entendimiento con otras culturas, la comunicación de significados. Esto es lo que tratará de resolver Taylor en «Understanding and ethnocentricity»³⁵.

De forma sucinta podemos decir que ya que, para acceder al entendimiento de las otras culturas, no podemos prescindir de nuestro lenguaje ni de nuestro horizonte de significación y de valoración, en aras de establecer un juicio objetivo acerca de ellas, de lo que se tratará es de intentar que cambie. Este cambio tiene lugar precisamente en el encuentro con otras culturas. En él nuestro horizonte de significación se amplía, constatando que no es el único posible. Dicha ampliación nos lleva hacia lo que Taylor denomina —siguiendo el planteamiento gadameriano— *fusión de horizontes*: «la superposición de dos visiones interpretativas, de dos o más horizontes de inteligibilidad, dando lugar a un trasfondo más amplio desde el cual establecer rasgos comunes y diferentes contrastables entre ambas culturas. Entender al otro es entender su trasfondo y los bienes que configuran las valoraciones implícitas en su horizonte significativo, entender sus motivaciones y su interpretación. En el fondo es entender su lenguaje con toda la significación que implica»³⁶.

La comprensión del otro no puede llevarse a cabo desde nuestro propio lenguaje en tanto que terminaríamos dando una visión distorsionada, sesgada de dicha cultura. Por el contrario, tiene lugar mediante un lenguaje que surge en el encuentro con el otro. A este lenguaje lo denomina Taylor *lenguaje de contraste*: «De hecho, casi siempre será el caso de que el lenguaje adecuado en el cual podemos entender otra sociedad sea no nuestro lenguaje de entendimiento, o el suyo, sino más bien lo que uno podría llamar un lenguaje de contraste perspicaz»³⁷. El problema, sin lugar a dudas, está en cómo llegar a esa fusión de horizontes, cómo conseguir ese lenguaje de contraste. Taylor mantiene que nos hallamos muy lejos de lograrlo aunque dice poco acerca del camino que debemos tomar para llegar a ellos o del tiempo que habremos de esperar para conseguirlo. En ocasiones, dichos términos poseen un carácter excesivamente vago.

Pero éste no es el único punto conflictivo del planteamiento tayloriano. La supuesta apertura al otro que preconiza Taylor se produce en lo que denomina *estudio cultural comparativo*. Este término connota la existencia de un objeto a estudiar —el otro— y de un sujeto que estudia —el yo—, lo cual convierte a la relación

³⁵ Charles TAYLOR: *Philosophical Papers II. Philosophy and the human science*, pp. 116-134. Cambridge University Press, 1985.

³⁶ Encarna LLAMAS: *op. cit.*

³⁷ «In fact, it will almost always be the case that the adequate language in which we can understand another society is not our language of understanding, or theirs, but rather what one could call a language of perspicuous contrast» (Charles TAYLOR: «Understanding and ethnocentricity», en *Philosophical Papers II*, p. 125).

yo-otro en una relación altamente asimétrica. Lo más grave llega cuando constatamos que el yo que estudia, que convierte al otro en objeto (en vez de tratarlo como interlocutor), parece estar representado únicamente por nuestra civilización —la civilización occidental— y por nuestra tradición. Ésta se convierte no sólo en el punto de partida para la comprensión de cualquier tradición. También, ante la imposibilidad, por el momento, de llegar a la fusión de horizontes y el lenguaje de contraste, en el patrón de valor desde el cual juzgar todo lo diferente cayendo, de cierta forma, en aquello de lo que pretendía huir: *el etnocentrismo*.

6. CONCLUSIÓN

Tras todo lo dicho podemos constatar que el lenguaje atraviesa toda la filosofía tayloriana. No se trata sólo de una teoría que nos muestre el desarrollo y las características de éste. Taylor nos presenta un lenguaje —en la estela del planteamiento austiniiano, es decir, como un medio por el que hacer cosas con palabras— que resulta fundamental para el ser humano: el hombre se entiende como un animal lingüístico que se autointerpreta precisamente a través del lenguaje. Y es él el que realiza su humanidad, en tanto que hace aflorar sentimientos no accesibles para seres no lingüísticos. Además, aparece como un horizonte ontológico para el ser humano ya que todo se da en el lenguaje y por el lenguaje —aunque sería más correcto decir en los lenguajes y por los lenguajes—. Nuestra identidad también se conforma con su mediación en tanto en cuanto depende de nuestras relaciones con los otros, que —como hemos visto— tienen lugar en el lenguaje.

Quizá su característica más relevante sea la función constitutiva que desempeña: no sólo constituye la objetividad del mundo o la intersubjetividad sino también los valores. Si a esto unimos el hecho de que para Taylor el lenguaje es fruto de una determinada tradición y, por tanto, relativo a cada cultura, podemos concluir que los valores también serán relativos a cada una de ellas. De esta forma parece evitarse —aunque, como hemos visto, no completamente— el etnocentrismo. Pero a costa del peligro de caer en el extremo contrario: el relativismo, el todo vale del que algunas veces se le ha acusado creemos que inmerecidamente³⁸.

Precisamente la fusión de horizontes y el lenguaje de contrastes tienen como fin emitir juicios acerca de las culturas, comparar situaciones paralelas de tal manera que se pueda juzgar cuál de ellas posee un valor superior. En cualquier caso, lo que debemos destacar es que este intento de valorar conforme a un criterio único surgido en el encuentro entre culturas tiene un importante trasfondo lingüístico. Así pues, la apertura al otro, su comprensión se hacen posibles mediante el lenguaje.

³⁸ Una crítica en esta dirección la podemos ver en Giovanni Sartori, más concretamente en su obra *La sociedad multiétnica. Pluralismo, multiculturalismo y extranjeros*. Taurus, Madrid, 2001.

Resumiendo todo lo expuesto en este escrito, podríamos decir que la humanidad, la objetividad, la intersubjetividad, la identidad, el valor, la apertura al otro tienen al lenguaje como condición de posibilidad, por lo que nos resulta más inexplicable que se le haya prestado una atención tan escasa. Creemos que el camino para entender el conjunto del pensamiento tayloriano pasa, sin lugar a dudas, por la comprensión de su filosofía del lenguaje.

